

Dos fabulitas milesias¹

Petronio

El efebo de Pérgamo

85. Una vez, cuando estuve por razón de mi servicio militar con un cuestor en la provincia de Asia, recibí hospedaje en Pérgamo. Residía allí muy a gusto no sólo por lo confortable de la mansión, sino también por lo extraordinariamente bien parecido del hijo de mi huésped; pronto me tracé un plan para no resultar al señor de la casa sospechoso de enamorarme del muchacho. En efecto, cada vez que en la mesa se mencionaban los placeres con muchachos, me irritaba tanto, con tan severo ceño me oponía a que mis oídos se mancillasen con la obscena charla, que la madre especialmente me miraba como si fuese uno de los grandes sabios del mundo. Ya había empezado a llevar al efebo al gimnasio yo mismo, a actuar yo de director de sus estudios, a darle yo clases y preceptos, para que ningún seductor hubiese de entrar en la casa.

Un día estábamos en el comedor, porque una festividad había acortado las horas de clase y la satisfacción que se prolongaba más y más nos había emperezado para retirarnos; más o menos a medianoche me di cuenta de que el muchacho todavía estaba despierto. Por consiguiente, en un murmullo lleno de temor hice esta promesa: “Venus, señora mía, si yo logro robar un beso a este muchacho sin que él se dé cuenta, mañana prometo regalarle un par de palomas”. Al oír el precio de mi capricho, el muchacho comenzó a roncar. Entonces me acerqué a él que seguía haciendo la comedia y le arranqué algunos besos. Satisfecho de este comienzo,

¹ Petronio. *Satiricón*. Trad. Manuel C. Díaz y Díaz. Barcelona, Lumen, 1975.

muy de mañana me levanté y elegí un par de palomas; él estaba esperándolas: se las dí y quedó cumplido mi voto.

86. La noche siguiente pude hacer lo mismo: por tanto cambié el deseo: “Si lo puedo acariciar descaradamente” dije, “con mi mano y él no se da cuenta, dos gallos de pelea de los más ardorosos prometo darle, si se deja”. Ante esta nueva promesa, el efebo se me arrimó él mismo y, tengo esa impresión, llegó a temer que yo me quedase dormido. Calmé, pues, su preocupación, y, con excepción del placer supremo, me regodeé con todo su cuerpo. Luego, en cuanto fue de día, le llevé en medio de su alegría lo que le había prometido.

Cuando una tercera noche me dio la misma posibilidad, nuevamente me acerqué al oído del supuesto durmiente. “Dioses inmortales”, dije, “si yo consigo de este muchacho, a pesar de que está dormido, un placer completo y de acuerdo con mis deseos, por esta felicidad le daré el más brioso corcel de Macedonia, con la condición, sin embargo, de que él no se dé cuenta”. Jamás durmió con sueño más profundo mi efebo. Y así lo primero llené mis manos con sus pechos blancos como leche, luego lo besé con un beso prolongado, y finalmente conseguí juntos todos mis anhelos.

Por la mañana, sentado en la habitación, esperó la costumbre. Caes en la cuenta de cuánto más fácil es adquirir unas palomas o unos gallos que un corcel; y, además, yo tenía miedo de que un regalo tan abultado no hiciera sospechosa mi generosidad. Pues bien, me di un paseo de varias horas, regresé a mi alojamiento y me limité a darle solamente un beso. Él, entonces, mirando a un lado y otro, se abrazó a mi cuello y me dijo: “Por favor, señor, ¿dónde está el corcel?”.

87. Aunque con este engaño me había cerrado la entrada que había ido preparando, pude volver a las andadas. Transcurridos en efecto unos cuantos días, como una circunstancia semejante nos pusiera en la misma coyuntura, en cuanto observé que el padre roncaba, me puse a suplicar al efebo que hiciera las paces conmigo, es decir

que consintiese en que le diera gusto, y los demás arreglos que una pasión desatada exige. Pero él muy brusco no me respondía más que esto: “Duerme, o se lo digo a mi padre”.

Nada hay tan dificultoso que la insistencia no logre superar. En tanto que me seguía diciendo: “Voy a despertar a mi padre” me metí a su lado y le saqué del cuerpo un goce pleno bien que él hacía aspavientos de oponerse. No dejó de contentarlo mi atrevimiento; luego, por un largo rato se me quejó de que yo lo había engañado, burlado y puesto en evidencia ante sus condiscípulos, a los cuales había pasado por las narices el tributo que yo le pagaba. “Verás, sin embargo”, me dijo, “yo no voy a ser como tú. Si quieres, comienza de nuevo”. Yo, dejado por su parte el recuerdo del engaño, torné a la confianza del muchacho; gocé del favor concedido y luego caí dormido. Pero no se quedó contento con esta repetición el efebo, en plena madurez y con una edad que lo incitaba a jugar su pasividad. Ya estaba yo profundamente dormido cuando me despertó y me dijo: “¿Es que no quieres?”. Todavía no me molestaba el regalo. Mal que bien, entre resuellos y sudores, hecho polvo yo, recibió lo que quería; luego, nuevamente, caí en profundo sueño cansado de gusto. Había pasado menos de una hora cuando empezó a pellizcarme y decirme: “¿Por qué no repetimos?” Entonces yo, tantas veces despertado, me puse rojo de ira y le respondí con su propia cantinela: “Duerme, o se lo digo a tu padre”.

La matrona de Éfeso

111. Una matrona de Éfeso era de tan notable honestidad que atraía la mirada de las mujeres incluso de las regiones vecinas. Pues bien, cuando hubo de enterrar a su marido, no se contentó con la costumbre de marchar tras el cortejo fúnebre con su cabellera despeinada, o golpear su pecho desnudo ante la vista de los presentes, sino que acompañó al difunto hasta el mausoleo, y después de depositado en la cripta al modo griego se puso a velar y llorar su cuerpo las noches enteras y los días. De su aflicción y de su intento de morir por hambre no pudieron apartarla ni sus padres ni sus parientes; incluso los magistrados de la ciudad, rechazados, acabaron por marcharse; aquella mujer de tan singular ejemplo, compadecida por todos, llevaba cuatro días sin tomar alimento. Acompañábala una esclava, de toda lealtad para con la melancólica mujer; acomodaba sus lágrimas a las de ella, y cuantas veces decaía, renovaba la luminaria puesta en el monumento. Así pues, en toda la ciudad había un solo tema de conversación; los hombres de todas las categorías confesaban que sólo aquél destacaba como verdadero ejemplo de pudibundez y amor. Entre tanto, el gobernador de la provincia mandó que fueran crucificados unos ladrones cerca de la pequeña construcción donde la matrona lloraba el reciente cadáver. Pues bien, la noche siguiente, cuando el soldado que hacía guardia ante las cruces a fin de que nadie robase los cuerpos para darles sepultura, observó la luz que brillaba de manera especial en medio de los sepulcros y oyó que alguien gemía y lloraba, según un defecto muy humano sintió deseos de saber quién era y qué hacía. Bajó, pues, a la cripta y al ver aquella hermosísima mujer, turbado como si se tratara de un fantasma o de alguna visión infernal, primero se quedó clavado en el sitio. Después, cuando vio el cuerpo del muerto y contempló las lágrimas y el rostro desgarrado por las uñas, cayendo en la cuenta de lo que era en realidad, que aquella mujer no podía soportar la ausencia del hombre fallecido, llevó al monumento su frugal cena y

comenzó a exhortar a la desconsolada a no continuar en su dolor inútil y a librar su pecho de un duelo que para nada servía; que todo el mundo tenía el mismo fin y, con certeza, la última morada era la misma, y todos los argumentos con que los corazones ulcerados son traídos nuevamente a la salud. Pero ella, excitada por consuelo tan inesperado, laceraba su pecho con más ímpetu todavía, y extendía sobre el cuerpo del muerto sus cabellos desgarrados. No cejó con todo el soldado, sino que con los consejos probó a dar a la pobre mujer comida, hasta que la esclava, sobornada por el aroma del vino, extendió ella misma la primera a la benevolencia del incitador su mano vencida. Después, reconfortada con la bebida y el alimento, comenzó asediar la resistencia de su ama, y le decía: “¿De qué te servirá todo esto si te aniquila el hambre, si te entierras viva, si antes de lo que exija tu destino entregas tu alma inocente?

*¿De eso crees que se dan cuenta estas cenizas o los manes de los sepulcros?*²

¿Quieres tú reintegrarte a la vida? ¿Quieres, dejando de lado un error muy femenino, gozar del bien de la luz todo el tiempo que te sea permitido? El propio cuerpo del muerto debe advertirte de tu obligación de vivir.

Nadie oye a disgusto que se le fuerce a tomar alimento o a beber.

De este modo la mujer, agotada por la abstinencia de varios días, toleró que se relajase su resistencia, y se atracó de comida tan ávidamente como la esclava, que se había rendido antes.

112. Pero ya sabéis qué cosas suelen tentar muchas veces a un estómago satisfecho. Con los mismos arrumacos con que el soldado había logrado que la matrona quisiera seguir viviendo, se lanzó al asalto también de su pudor. No le parecía a la casta dama ni carente de gracia ni sin labia el joven, en tanto que la esclava la predisponía en su favor y le decía siempre como remate:

² Cita de la *Eneida*, de Virgilio.

¿Combatirás tú misma un amor placentero?”³

¿Para qué alargarme más? Tampoco en esta parte de su cuerpo guardó más dieta la mujer, y el soldado vencedor la persuadió en ambos terrenos. Durmieron, pues, juntos no sólo aquella noche, en que hicieron su boda, sino también al día siguiente y al otro, por supuesto con las cancelas del enterramiento cerradas por dentro, para que cualquiera, conocido o desconocido, que se llegase al mausoleo, creyese que había lanzado el último suspiro sobre el cuerpo de su marido aquella castísima esposa.

Pero encantado el soldado con la belleza de la mujer y con el secreto, todo lo que le permitía sus posibles lo compraba y nada más caer la noche lo llevaba al mausoleo. Y así, los parientes de uno de uno de los crucificados, en cuanto vieron abandonada la vigilancia, desclavaron de noche al colgado y le rindieron el último servicio. Ahora bien, el soldado, aunque obligado por la consigna, abandonó su puesto; y cuando al día siguiente vio la cruz sin cadáver, temeroso del castigo, expuso a la mujer lo que le había ocurrido: no iba a esperar, le dijo, la decisión del juez, sino que con su propia espada iba a dictar él mismo sentencia contra su negligencia. Que le dispusiera ella desde ese momento un lugar para morir y que convirtiera el fatal enterramiento en uno solo para su amigo y para su marido. La mujer, no menos compasiva que honesta, le dijo: “No permitan los dioses que a la vez asista a los dos funerales de los dos hombres para mi más queridos. Prefiero colgar al muerto que perder al vivo”.

De acuerdo con estas palabras decidió sacar del ataúd el cuerpo de su marido y clavarlo en la cruz que estaba vacía. Se aprovechó el soldado de la ingeniosidad de aquella mujer tan previsora, y al día siguiente maravillóse la gente de qué manera el muerto se había ido a poner en la cruz.

³ Idem.

